

se cerraba; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas, de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inestimable.

»Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de V. M. reconocimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parecía de la piel de algún animal esquisito, y pendía de ella al lado izquierdo una espada del largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa ó faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de V. M. En uno de ellos había muchos globos ó balas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es menester mucha fuerza.

»Que es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos hecho del dicho hombre Montaña, é inventario practicado en su consecuencia, habiéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente á la comisión de V. M. Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de V. M.»

FLESEN FRELOK. — MARSÍ FRELOK.»

de anteojos de que me servía alguna vez por tener cansada la vista, un telescopio y otras varias vagatelas de ninguna consecuencia para el emperador, y para mí muy necesarias si llegaba á verme algún día en libertad, evitando por este medio que las extraviasen ó rompieran.

CAPITULO III.

El autor divierte al emperador y la grandeza de ambos sexos de un modo muy extraordinario. Descripción de los regocijos públicos de la corte de Lilliput. Consigue su libertad bajo capitulación.

Quiso un día obsequiarme el emperador con algún espectáculo brillante, en que á la verdad exceden aquellos pueblos á todas las naciones que conozco, tanto por su destreza como en la magnificencia; pero nada me dió tanto gusto como ver una compañía de volatines lucir su habilidad sobre un hilo blanco bastante delgado que no tenía tres piés cabales de largo.

Allí se dedican solamente á este ejercicio aquellos que aspiran á los primeros empleos y

desean ser favoritos de la corte; con estas miras los acostumbran desde pequeños á tan noble ocupacion, que está vinculada á las personas de alto nacimiento. Cuando vaca algún empleo honorífico, sea por muerte del que le obtenia ó sea por deposicion (que sucede muy á menudo), presentan memorial al emperador cinco ó seis pretendientes pidiendo permiso para divertirse á S. M. y su corte con un bailecito de cuerda, y aquel que salta más alto sin cesar es el electo.

Pero no por esto quedan exentos de volver á subir á la cuerda cuando el emperador lo ordene, para mover la emulacion de los demás y hacer ver que no han perdido su talento aunque sean grandes magistrados ó primeros ministros, como frecuentemente se verifica. Flimnap, tesorero mayor del imperio, pasa por el más hábil y diestro en dar cierta cabriola lo menos una pulgada más alta que ningun otro de aquellos personajes. Yo le ví ejecutar varias veces un salto muy peligroso (que nosotros llamamos somerset), puesto encima de una tablita de madera suelta sobre la cuerda, que no era más gruesa que un bramante ordinario. Redresal, primer secretario, se le acercaba mucho.

Son muy frecuentes los accidentes funestos

en tales funciones, y los más de ellos se registran en los archivos imperiales. Yo me hallé presente en dos ó tres de pretendientes estropeados; pero las mayores desgracias suceden cuando se pasa orden á los ministros, pues haciendo los más grandes esfuerzos por distinguirse se exceden á competencia y exponen sus vidas con notable riesgo. Me contaron por muy cierto, que un año antes de mi arribo, Flimnap se hubiera abierto la cabeza infaliblemente si no acierta á caer sobre uno de los almohadones del emperador.

Tienen otra especie de festin que está reservado para el emperador, la emperatriz y el primer ministro. Este se reduce á que el emperador tiende sobre una mesa con separacion tres hebras de seda de largo de seis pulgadas, la una carmesí, la otra amarilla y la otra blanca, que son otros tantos premios para aquellos que quiere condecorar con una gracia singular. Se hace esta ceremonia en el salon de audiencias de S. M., donde, presentándose los candidatos, han de dar forzosamente una prueba tal de su habilidad, que no he visto cosa que se le parezca en ningun otro país del antiguo ni del nuevo mundo.

El emperador tiene un baston con los dos

extremos paralelos al horizonte; algunas veces coge el primer ministro el un extremo, y á veces le tiene éste solo. Llegan los concurrentes uno á uno, y van saltando por cima. Aquel que muestra mejor acierto, agilidad y ligereza, es premiado con la seda carmesí, el segundo con la amarilla y el tercero con la blanca. Cada uno se hace un cinturon de la suya, y despues llevan siempre este distintivo, que á más de darles honor, les inspiran una fiereza generosa.

Queriendo divertirse el emperador conmigo por un término bastante raro, ordenó que se pusiesen sobre las armas todas las tropas que guarnecian la capital y sus inmediaciones; y habiéndome mandado poner en pié, como si fuera un coloso, abiertas las piernas todo cuanto me fuese posible, sin que resultara daño, dió orden á su general, soldado viejo muy experimentado, de que formase aquella parte de su ejército en columna con la proporcion de veinticuatro hombres de frente en la infantería y diez y seis en la caballería, y que así pasasen revista marchando por entre mis piernas, con las armas al hombro, desplegadas las banderas y tambor batiente. Era un cuerpo de tres mil infantes y mil caballos. S. M. habia impuesto pena de la vida al soldado que no observase la

mayor compostura y moderacion con respecto á mi persona; pero como entre la oficialidad habia muchos jóvenes, y á la verdad mi ropa estaba bastante estropeada, no faltaron curiosos que me miraban y no podian marchar de risa.

Eran ya tantos los memoriales y peticiones que habia presentado en solicitud de mi libertad, que al fin propuso S. M. este negocio primeramente al Consejo del Despacho y despues al de Estado, sin otra contradiccion que la del ministro Skyresh Bolgolam, que sin saber por qué se declaró mi enemigo. Pero todo el resto del Consejo estaba á mi favor, y el emperador aprobaba su resolucion. Este ministro, que era Galvet, esto es, almirante mayor, se habia granjeado la confianza de su señor por su habilidad en el manejo de los negocios públicos; mas era de un espíritu áspero y fantástico. Pudo conseguir que le encargasen de la formacion del plan de artículos, bajo los cuales podria concedérseme la libertad. Fué á presentármelos el mismo Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de los subsecretarios y de otras varias gentes de distincion; y habiéndome propuesto su observancia por juramento solemne al uso de mi país, que desde luego presté, me le exigió

sucesivamente con todas las ceremonias establecidas por sus leyes, que son las siguientes: cogen el dedo pulgar del pié derecho con la mano izquierda, y llevan la derecha á la cabeza, poniendo el dedo de en medio en la coronilla ó parte superior, y el pulgar junto á la oreja del mismo lado. Ya veo al lector impaciente de saber el estilo de aquellos pueblos y artículos preliminares de mi soltura, y por no tenerle inquieto, me he tomado el trabajo de traducir á la letra todo el decreto:

«Golbasto Momaren Eulame Gurdelo Sheein Mulli Uvi Gue, muy poderoso emperador de Lilliput, las delicias y terror del Universo, cuyos dominios se extienden cinco mil Blustrugs (esto es, casi seis leguas en circuito) á las extremidades del globo, soberano de todos los soberanos, más alto que los hijos de los hombres, cuyos piés constriñen la tierra contra su centro y con su cabeza toca al sol, de quien una simple ojeada hace temblar las rodillas de los potentados; amable como la primavera, placentero como el verano, abundante como el otoño, terrible como el mismo invierno; á todos nuestros vasallos amigos y leales, salud.

»S. A. M. propone al hombre Montaña ciertos artículos preliminares, cuya observancia

será obligado á ratificar por juramento solemne.

1.º »El hombre Montaña no saldrá en ninguna manera de nuestros vastos dominios sin nuestro permiso expreso y autorizado con el gran sello.

2.º »No tendrá la libertad de entrar en nuestra córte sin nuestra órden expresa, á fin de que haya tiempo de avisar á todos sin confusion, que se recojan á sus casas y no salgan de ellas.

3.º »El dicho hombre Montaña no podrá pasear sino en los caminos reales de ruedas, y se guardará bien de pisar ni acostarse en ninguno de nuestros prados y mieses.

4.º »Cuando pasee en los dichos caminos pondrá todo el cuidado posible de no estripar con sus enormes piés á ninguno de nuestros fieles vasallos, sus caballos ó carruajes, y no será osado á poner sobre sus manos á ninguno de nuestros dichos vasallos á menos de que preceda su consentimiento.

5.º »Si fuere necesario que algun correo de gabinete salga á diligencia demasiado urgente, será obligado el hombre Montaña á llevar dentro de su faltriquera al dicho correo hasta seis jornadas, una vez en cada luna, y (requerido

que sea) deberá sacarle y ponerle en nuestra presencia imperial sano y salvo.

6.º »Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blefuscu, y hará cuanto esté de su parte para destruir la flota que actualmente están armando, con destino á hacer un desembarco en nuestras costas.

7.º »El dicho hombre Montaña en las horas que tenga desocupadas prestará su socorro á nuestros obreros, ayudándoles á subir ciertas piedras de mucha magnitud, para concluir las paredes de nuestro gran parque y edificios imperiales.

8.º »Luego que el hombre Montaña haya hecho el juramento solemne de observar todos los artículos aquí contenidos, gozará para su sustento la ración diaria de mil ochocientos sesenta y cuatro hombres de nuestros súbditos, con acceso libre cerca de nuestra persona imperial y otras muestras de nuestro favor.—Dado en nuestro palacio de Belfaborac el día doce de la luna noventa y una de nuestro reinado.»

Juré y firmé estos artículos con suma complacencia, aunque algunos de ellos no me eran tan honrosos como yo quisiera; este fué el efecto de la malicia del almirante mayor Skyresh Bolgolam. Quitáronme las cadenas y quedé li-

bre. El emperador me hizo el honor de asistir personalmente á la ceremonia de mi soltura. Di á S. M. las más humildes gracias arrodillado á sus piés, pero al instante me hizo levantar en términos los más generosos.

El lector ha podido observar que en el último artículo del decreto de mi libertad se conformaba el emperador con que se me diese toda la porcion de vianda y bebida capaz de alimentar á mil ochocientos setenta y cuatro lilliputienses; pasado algun tiempo tuve la curiosidad de preguntar á un cortesano íntimo amigo mio por qué me habian señalado esta cantidad tan determinada, y me respondió que los matemáticos de S. M. habian tomado la altura de mi cuerpo con el arbitrio de un cuarto de círculo, y habiendo computado la grosura, hallaron que correspondía á mil ochocientos setenta y cuatro de ellos, calculando de aquí, atendida la similitud de su cuerpo que debía tener un apetito mil ochocientas setenta y cuatro veces mayor que el suyo, de donde puede tomar conocimiento el lector del espíritu admirable de aquellos pueblos y de la economía discreta, exacta y perspicaz de su emperador.

Mi ropa en tanto tiempo daba muestras de estar bastante deteriorada, y son dignos de

mencionarse los apuros que sucedieron y los ingeniosos recursos de que aquella gente echó mano para la confección de mis vestidos.

Doscientas costureras fueron encargadas de coser la ropa interior, para lo cual se escogió la tela más fuerte que se pudo encontrar en todo el imperio, la que no siendo de suficiente resistencia se acordó ponerla en muchos dobleces y coserla lo mejor posible. Las piezas de tela tienen generalmente tres pulgadas de ancho y tres piés de largo.

Para tomarme la medida tuvieron que aguardarse que estuviera acostado, y esto lo hicieron en la forma siguiente:

Una de las costureras se colocó sobre mi cuello y otra sobre mis piernas, teniendo cada una por su punta una gruesa cuerda en tanto que una tercera media el largo de la cuerda con una regla de una pulgada de larga, después midieron mi dedo pulgar, porque ellas habían calculado una operación matemática que el doble de la circunferencia de mi dedo daría la medida de mi muñeca, el doble de ésta el de mi cuello, y el doble de mi cuello el de mi cuerpo.

Yo extendí enseguida sobre el suelo una de mis camisas, la que ellas imitaron perfectamente.

Como dije en otro lugar trescientos fueron los sastres encargados de mis vestidos, los que se valieron de otro modo muy diferente para tomar las medidas. Yo me puse de rodillas, uno de ellos apoyó una escalera contra mi cuerpo, subió por ella hasta mi cuello dejando caer un plomo con una cuerda desde mi cuello al suelo, lo que dió la medida de mi vestido; la del grueso de cuerpo y de brazos la tomé yo mismo para ahorrarles trabajo.



Tuvieron que coser el traje en mi misma habitación, pues ninguna de sus casas podía contener las piezas de mi vestimenta, compuestas de pequeños pedazos á imitación de algunos cobertores de cama, con la sola diferencia de que estos eran todos de un color.

CAPITULO IV.

Descripcion de Mildendo, capital de Lilliput, y del palacio del emperador. Conversacion entre el autor y un secretario de Estado sobre los negocios del imperio. Ofertas que el autor hace de servir al emperador en sus guerras.

El primer memorial que presenté despues de haber conseguido mi libertad fué para obtener el permiso de ver á Mildendo, capital de aquel imperio. El emperador me le concedió, habiéndome encargado que no hiciese ningun daño á sus habitantes ni en sus casas. Mandóse publicar por bando para que todos supiesen mi designio de visitar la ciudad. La muralla que la defendia por todos lados tenia dos piés y medio de altura y once pulgadas lo menos de ancho, de suerte que podia muy bien rodar en ella un coche, y dar su vuelta alrededor sin peligro. Estaba asimismo flanqueada de fuertes torres á diez piés de distancia la una de la otra. Yo entré por la puerta occidental y anduve las dos calles más principales muy despacio y siempre de costado, sin otra ropa que un jubon-

cillo corto por no arruinar los tejados con las faldillas de la chupa, guardando una extrema circunspeccion en mi marcha para no pisar á algunas gentes que habian quedado en las calles no obstante las órdenes estrechas comunicadas á todos á fin de que se recogiesen en sus casas y se mantuviesen en ellas sin salir de ninguna manera hasta que me retirase. Los balcones y ventanas del primero, segundo, tercero y aún del cuarto piso, las de los desvanes y sobrados estaban todas cubiertas de un número considerable de espectadores; hasta en los mismos tejados habia gente, de donde inferi que la ciudad debia ser excesivamente populosa. Su figura es un cuadro perfecto que forman cuatro lienzos de muralla de quinientos piés cada uno. Las dos calles principales que se cruzan y la dividen en cuarteles iguales tienen cinco piés de anchura; las demás, donde no pude entrar, tendrán de once á diez y ocho pulgadas. Puede contener muy bien aquella ciudad quinientas mil almas. Las casas tienen tres ó cuatro pisos. Sus tiendas bien surtidas, sus mercados abundantes. Antiguamente tuvieron buena ópera y comedia; faltaron aquellos autores á quienes promovia la liberalidad del príncipe y cesaron estos espectáculos.

El palacio del emperador, situado en el centro de la ciudad donde se cruzan las dos calles mayores, está cercado de una pared de veintitres pulgadas de altura, á veinte piés de distancia del edificio. S. M. me permitió echarla una pierna por cima de la pared para poder ver su palacio por todos lados. La plazuela exterior que forma es un cuadro de cuarenta piés, y dentro de él hay otras dos. En la más interior está la habitación de S. M., que era lo que más deseaba ver; pero era tan difícil como que las mayores portadas apenas tenían diez y ocho pulgadas de alto y siete de ancho; además que el edificio de la plazuela primera sería de cinco piés de altura lo menos, y me era imposible saltar por cima sin riesgo de romper las pizarras de que estaba fabricado el techo; pero de las paredes no había que temer, pues tenían cuatro pulgadas de grueso, y su arquitectura tan sólida que era toda de sillería.

El emperador también quería que viese la magnificencia de su palacio. Pude darle este gusto al cabo de tres días que ocupé en cortar algunos árboles de los más grandes del parque imperial que distaba de la ciudad casi cincuenta toesas. De ellos fabriqué tres banquillos, de tres piés de alto cada uno, y bastante fuertes

para poder resistir el peso de mi cuerpo. Reptióse el bando á fin de avisar al pueblo, y tomando mis banquillos volví á atravesar la misma calle hasta llegar á palacio. Subí encima de uno, pasé el otro á la primera plazuela, que tenía ocho piés de longitud, fijé en él el pié derecho, despues el izquierdo, tirando del tercer banquillo con un gárfio dispuesto á prevención, le descolgué al patio interior, por cuyo medio logré introducirme hasta allí, pasando de uno en otro. Me eché de lado sobre el suelo, y aplicando la cara á todas las ventanas del primer piso, que con este fin habían dejado abiertas, ví



las habitaciones más magníficas que puede imaginarse. También ví á la emperatriz y á las

infantitas en sus respectivos cuartos, rodeadas de su servidumbre. S. M. I. tuvo la bondad de honrarme con una sonrisa muy graciosa, y me dió á besar su mano por la ventana.

No pienso referir aquí por menor las curiosidades que encierra aquel palacio; las reservo para otra obra mayor que está para imprimirse, y comprende la descripción general de aquel imperio desde su primera fundación; la historia de sus emperadores en una dilatada sucesión de siglos; observaciones acerca de sus guerras, su política, sus leyes, literatura y religión del país; plantas y animales que allí se encuentran; usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias prodigiosamente curiosas, y excesivamente útiles. Mi objeto por ahora no es más que referir cuanto me sucedió en cerca de nueve meses que residí en aquel maravilloso imperio.

Quince días después de haber conseguido mi libertad, Redresal, secretario de Estado con destino al departamento de los negocios particulares, se presentó en mi casa con un solo criado, habiendo dejado su coche á cierta distancia donde mandó que le esperasen. Pidióme audiencia privada de una hora, y para que pudiese estar á nivel de mi oído, le propuse que

me tendería en el suelo; pero prefirió que le tuviese sobre la mano mientras duraba la conferencia.

Principió por el parabien de mi soltura, añadiendo que se lisonjeaba de la pequeña parte que en ella había tomado; pero que á no haber mediado el interés que la corte se prometía, no hubiera conseguido tan pronto mi pretensión, pues por floreciente (continuó diciendo) que parezca nuestro estado á los extranjeros, no lo es tanto que no tengamos dos grandes ejércitos que combatir: una liga poderosa por dentro, y por fuera la invasión de que estamos amenazados por un enemigo formidable. Con respecto á lo primero es necesario que sepais que de más de sesenta lunas á esta parte ha habido dos partidos opuestos en este imperio con los nombres de Tramecksans y Glameksans, términos alusivos á los altos y bajos tacones de sus zapatos, por los cuales se distinguen. Pretenden los alti-tacones, y es cierto, que son los más conformes á nuestra antigua constitución; pero aunque así sea, S. M. ha resuelto no servirse sino de los bassi-tacones para la administración del gobierno, y todos los empleos cuya presentación corresponde á la corona; vos mismo habreis notado que los tacones de S. M. I. son lo

menos un *Drurr* (1) más bajos que los de toda su corte.

El encono de estos dos partidos, prosiguió, ha llegado á tal punto, que ni comen ni beben juntos, ni siquiera se hablan. Contamos con que los Tramecksans ó alti-tacones nos exceden en número; pero la autoridad está en nuestras manos. ¡Ay! Sospechamos, no obstante, que S. A. I., heredero conocido de la corona, tenga alguna inclinacion á los alti-tacones; por lo menos nos lo dá á entender en que uno de los suyos es más alto que el otro, lo cual le hace cojear un poco en la marcha. Además de estas disensiones intestinas, nos hallamos amenazados de invasion por parte de la isla de Blefuscu, que es el otro grande imperio del Universo casi tan dilatado y poderoso como el nuestro. Pues aunque nos quieren hacer creer que hay otros imperios, reinos y estados en el mundo habitados por criaturas humanas tan agigantadas como vos, nuestros filósofos lo dudan mucho, y más bien se inclinan á la conjetura de que habreis caido de la luna, ó de alguna estrella, porque sino un ciento solo de mortales de vuestra corpulencia bastaria para consumir en muy corto tiempo todos

(1) Poco menos de un catorceno avo de pulgada.

los frutos y carnes del Estado. Por otro concepto nuestros historiadores de seis mil lunas á esta parte no hacen mencion de otras regiones que de los dos grandes imperios de Lilliput y Blefuscu. Estas dos formidables potencias, como os iba diciendo, hace treinta y seis lunas que estan empeñadas en una guerra tenaz: ahora sabreis su interés. Todo el mundo conviene en que el primitivo modo de romper un huevo para comerle es por el extremo más grueso; pero el abuelo de S. M. reinante siendo muchacho iba á comer uno, y tuvo la desgracia de cortarse un dedo, con cuyo motivo el emperador su padre expidió un decreto imponiendo graves penas á cualquiera de sus vasallos que no rompiese los huevos por la punta. El pueblo se irritó tanto de esta ley que nuestros historiadores refieren que hubo en aquella ocasion seis rebeliones, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas desavenencias intestinas fueron siempre fomentadas por los soberanos de Blefuscu, y cuando estuvieron reprimidas, los sublevados se refugiaron á aquel imperio. Calculan el número de rebeldes en once mil hombres, que en diversas ocasiones prefirieron la muerte á la dura ley de romper los huevos por la punta. Centenares de abultados volúmenes se han es-

crita y publicado en la materia; pero la apología de los Gruesi-extremitas se prohibió mucho tiempo hace, y todo su partido está declarado por las leyes inhábil de obtener empleo ninguno. Durante estas turbaciones continuas los emperadores de Blefuscu nos han hecho frecuentes insinuaciones por sus embajadores, acusándonos de delincuentes por violar un precepto fundamental de nuestro gran profeta Lustrogg en el capítulo 54 del *Brundecral* (1). Sin embargo se ha atribuido á interpretación del sentido del texto, cuyas palabras son estas: «que todos los fieles romperán sus huevos por el extremo que más les acomode;» con que á mi modo de entender, se debe dejar á la conciencia de cada uno que decida cual es el extremo más á propósito, y en el último caso, solamente á la autoridad del soberano magistrado compete la decisión. Mas los Gruesi-extremitas desterrados han hallado tan buena acogida en la córte del emperador de Blefuscu, y tanto socorro y apoyo en nuestro mismo país, que sin otro objeto se ha sostenido una guerra muy sangrienta entre los dos imperios por espacio de treinta y seis lunas, cuyo suceso ha sido vário. En esta guerra hemos perdido

(1) Es su Alcoran.

cuarenta navios de línea, y mucho mayor número de pequeñas embarcaciones con treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados, y aseguran que la pérdida del enemigo no ha sido menor; pero aunque así sea, en el dia están armando una flota muy formidable y se preparan á desembarcar en nuestras costas. Esto supuesto, S. M. I., poniendo toda su confianza en nuestro valor y teniendo una alta idea de vuestras fuerzas, me ha mandado que os dé parte muy por menor de sus negocios, á fin de saber cuales son vuestras disposiciones con respecto á ellas.

Yo respondí al secretario que hiciese los más obsequiosos ofrecimientos en mi nombre al emperador, y le dijese que estaba siempre pronto á sacrificar mi vida en defensa de su sagrada persona y de su imperio contra todas las invasiones y empresas de sus enemigos. Concluida mi respuesta se retiró muy satisfecho de ella.

CAPITULO V.

El autor evita el desembarco de los enemigos con una estratagemá muy rara. El emperador le confiere un gran título de honor. Llegan embajadores del de Blefuscu á pedir la paz. Préndese fuego en la habitación de la emperatriz, y el autor contribuye eficazmente á apagarle.

El imperio de Blefuscu es una isla situada en el Nordeste de Lilliput, y solo hay al medio un canal que los divide, el cual tiene cuatrocientas toesas de anchura. Yo no le habia visto, y como estaba advertido del desembarco proyectado, no habia querido presentarme en la costa porque no me descubriesen acaso algunos de los navios enemigos.

Ya di cuenta al emperador de que tenia formado por el pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que segun relacion de los que habíamos enviado á observarla, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté á los más prácticos en la marina á fin de informarme de la profundidad del canal, y me dijeron que en la

mayor altura tenia setenta Glumgluffs (esto es, seis piés escasos segun las medidas de Europa), y en todo lo restante que tendria cuando más cincuenta Glumgluffs. Acerqueme con toda precaucion á la costa del Nordeste frente por frente de Blefuscu, y acostándome detrás de una colina, me puse los anteojos, y pude ver la armada, compuesta de cincuenta navios de guerra y otros muchos de trasportes. Me retiré luego al punto, y mandé fabricar una porcion de cables los más fuertes que pudiesen con unas barras de hierro. Suponiendo que los cables quedarian del grueso de un bramante doble, y las barras como unas agujas de hacer medias. Tripliqué los cables para darles más fortaleza, y uniendo igualmente las barras, hice de cada tres un gárfio ó corchete, que até á sus extremos. Volví á la costa de Nordeste, y dejando allí la chupa, medias y zapatos, me entré en el mar. Principié á andar con toda la aceleracion posible, y llegado al medio, seguí nadando del mismo modo cerca de quince toesas hasta que pude hacer pié. En menos de media hora llegué á la flota; viéronme los enemigos, y fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que saltando todos fuera de los navios como un enjambre de ranas, huyeron tier-

ra adentro. Bien habria treinta mil hombres. Entonces, echando mano á mis cables, fui prendiendo todos los navíos uno por uno con los gárfios por el agujero de la proa; pero mientras duró esta maniobra, me hicieron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas, que hiriéndome muchas de ellas en la cara y manos, no solo me causaban un excesivo dolor, sino que me estorbaban trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido si no me ocurre en tiempo el arbitrio de los anteojos, que por fortuna llevaba conmigo, y asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra á pesar de la granizada de flechas que sobre mí caía sin intermision. Habiendo colocado bien mis ganchos, empecé á tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo, en que no me detuve mucho, y con la mayor facilidad me llevé trás mí cincuenta navíos de los principales.

Los Blefuscutas, que no tenian idea de lo que iba á hacer, quedaron tan amedrentados como aturdidos. Ellos vieron que corté los cables, y discurrieron que mi intencion se dirigia

solamente á abandonarlos al viento y marea para que se chocasen unos con otros; pero cuando vieron que arrastraba con toda la flota de una vez, prorrumpieron en clamores de rabia y desesperacion.

No cesé de andar hasta que me ví ya fuera del alcance de las flechas; entonces me detuve un poco para quitarme las que llevaba en la cara y manos, y continuando con mi presa solo traté de restituirme al puerto imperial de Lilliput.

El emperador y toda su córte estaban sobre la costa esperando el resultado de mi empresa, veian de lejos que se acercaba una flota en figura de media luna; pero como el agua me cubria hasta el cuello, no advirtieron que era yo el que la conducia hácia su puerto.

El emperador creyó firmemente que habia perecido, y que la armada enemiga venia á efectuar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente luego que pude hacer pié, y me descubrieron á la cabeza de aquel promontorio de naves, exclamando en alta voz: *viva el muy poderoso emperador de Lilliput!* Apenas llegué, S. M. me colmó de indecibles alabanzas, y me creó Nardac, que entre ellos es el título más honorífico.

Al mismo tiempo me rogó que tomase mis medidas para conducir á sus puertos todas las demás embarcaciones del enemigo; su ambicion era tal, que no le dictaba nada menos que hacerse señor de todo el imperio de Blefuscu para reducirle á provincia del suyo, y poner en él un virey; castigar de muerte á todos los Gruesi-extremistas expatriados, y obligar á todos sus pueblos á que rompiesen los huevos por el extremo más agudo, con lo cual se prometia ser el monarca de todo el Universo. Pero me dediqué á disuadirle de este designio por medio de muchas razones fundadas en política y justicia, y le protesté con resolucion que yo no sería jamás el instrumento de que se sirviese para oprimir la libertad de un pueblo franco, noble y esforzado. Cuando el Consejo determinó este negocio, la parte más sana fué de mi opinion. Pero esta declaracion manifiesta y bizarra era tan opuesta á las intenciones y política de S. M., que ni él mismo podia perdonármela. Habló á su Consejo de un modo bastante artificioso, de donde tomaron ocasion mis enemigos ocultos para perderme. ¡Oh! Cómo se verifica que los servicios más importantes se oscurecen cuando no van acompañados de una ciega condescendencia á las pasiones.

Cerca de tres semanas despues de mi brillante expedicion llegó una solemne embajada de Blefuscu con proposiciones de paz. Muy presto se cerró el tratado bajo de condiciones ventajosísimas al imperio. Componian la embajada seis personajes con una comitiva de quinientas personas. Bien se puede decir que su entrada fué correspondiente á la majestad de su señor y á la importancia de la negociacion.

Concluido el tratado, y hallándose informados sus excelencias secretamente de los buenos oficios hechos por mí á su nacion en aquella arrogancia con que habia hablado al emperador, me hicieron una visita de ceremonia. Entraron elogiando mi gran valor y generosidad, y me convidaron en nombre de su señor á pasar á su reino si me agradaba. Yo les di las gracias, y supliqué me hiciesen el honor de ofrecerme á los piés de S. M. Blefuscuíta, cuyas esclarecidas virtudes corrian por todo el orbe, ofreciéndoles tambien que iria á presentarme á su real persona antes de regresar á mi pais.

Pocos dias despues pedí permiso al emperador para pasar á cumplimentar al gran rey de Blefuscu: respondiome con frialdad que le acomodaba.

Se me olvidaba advertir que los embajadores

me hablaron por medio de un intérprete, porque los idiomas de los dos imperios son muy diferentes: cada uno pondera la antigüedad, hermosura y fuerza del suyo con un total desprecio de la otra nación, y como el emperador estaba ensoberbecido con la victoria ganada á los blefuscutas en la presa de su flota, obligó á los embajadores á que presentasen sus credenciales, é hiciesen su arenga en lengua lilliputiense, sin embargo de que con motivo del tráfico y comercio que hay entre los dos imperios, la admisión reciproca de los desterrados y el estilo adoptado por la nobleza lilliputiense de enviar sus hijos á Blefuscu para civilizarlos, y enseñarles los ejercicios de su inspeccion, es preciso confesar que es muy rara la persona de distincion, y aun el negociante y marinero de sus puertos marítimos que no posee ambos idiomas.

Un fatal accidente me dió ocasion de hacer á mi emperador otro servicio señalado. Despertáronme á media noche los destemplados gritos de un tropel de gente arremolinada á la puerta de mi alojamiento, que repetían *Burgum, Burgum*, y rompiendo por medio de todos con bastante precipitacion algunos de la corte del emperador, llegaron á mí, suplicándome que acu-

diese sin detencion á palacio porque el cuarto de la emperatriz estaba ardiendo por el descuido de una de sus damas, que leyendo un poema blefuscuta se habia quedado dormida. Levantéme al instante, y no paré hasta llegar á palacio, con bastante trabajo por no pisar á alguno en las calles. Ya habian arrimado escaleras á las paredes de la habitacion, y tenian un buen surtido de cubos; pero el agua estaba distante. Estos eran como dedales, y aunque el pobre pueblo se afanaba con la mayor diligencia á llevar agua, el fuego iba tomando fuerza, y sin duda hubiera reducido á cenizas un palacio tan magnífico, si por una presencia de ánimo poco ordinaria no me ocurre de pronto un arbitrio famoso. La tarde anterior habia bebido bastante porcion de un vino blanco llamado Glimigrin que produce una provincia de Blefuscu, y es en extremo diurético. Fué talel efecto, y supe dirigirle con tanta destreza y felicidad hácia los parajes de mayor riesgo, que en tres minutos quedó apagado el incendio, y el resto de aquel soberbio edificio que habia costado inmensas sumas, libre de un enemigo tan fatal.

Yo tenia mis desconfianzas de que el emperador me agradeciese completamente este ser-

vicio, porque segun las leyes fundamentales del imperio era un crimen capital y abominable hacer aguas en todo el recinto del palacio imperial; pero salí del cuidado luego que supe que S. M. habia dado orden al juez mayor para que me expidiese carta de indulto. No obstante, despues me informaron que la emperatriz, habiendo concebido el mayor horror de mi desacato, se habia retirado á lo más interior del palacio con firme resolucion de no volver jamás á entrar en unas habitaciones atrevidamente profanadas por accion tan impúdica y grosera.

CAPITULO VI.

Costumbres de los habitantes de Lilliput, su literatura, leyes, estilos y método de educar á sus hijos.

Aunque tenga la intencion de reservar la descripcion de este imperio para un tratado particular, me creo no obstante en la obligacion de dar aquí al lector alguna idea general. Como la estatura ordinaria de los habitantes de

aquel país es de seis pulgadas escasas, á su proporcion son los ganados y demás animales, sus árboles y plantas. Por ejemplo, los caballos y bueyes mayores son de cuatro á cinco pulgadas de altos; los carneros de pulgada y media á corta diferencia; los patos poco menos que nuestros gorriones; de suerte que sus insectos eran casi invisibles para mí; pero la naturaleza supo ajustar los ojos de los habitantes de Lilliput á la proporcion de todos sus objetos. Para tomar conocimiento de toda perspicacia de su vista con proximidad, basta decir que tuve el gusto de ver un dia á un diestro cocinero desplumar á una alondra del tamaño de una mosca regular, y á una jóven doncella en hilar una aguja tan invisible como la seda que pasaba.

Tienen sus caractéres y letras; pero el modo de escribir es particularisimo. No es de izquierda á derecha como se hace en Europa, ni de derecha á izquierda como usan los árabes, ni de arriba abajo como los chinos, ni de abajo arriba como los cascagienses, sino oblicuamente de un ángulo del papel al otro, como hacen las damas de Inglaterra.

Entierran los muertos con la cabeza directamente hácia abajo, porque se imaginan que en once mil lunas han de resucitar todos; que en-